

EL DON DE CONVERTIR LOS SUEÑOS EN REALIDAD

SOÑHADAS

RELATOS DE MUJERES DE CAMPAMENTOS EN LA REGIÓN DE LOS LAGOS

TATIANA GALLARDO COVARRUBIAS

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

Tomar todas las oportunidades y así lograr

Emprender

CAPÍTULO 2

La historia de las mujeres que cambiaron la vida de 132 familias

Mujeres Unidas

CAPÍTULO 3

La energía de una familia circense

Haciendo malabares

CAPÍTULO 4

Cuando la vida te da una nueva oportunidad

Florecer

CAPÍTULO 5

A veces para avanzar debemos

Emigrar

ENCARGADO REGIONAL PROGRAMA

Gerardo Beyer Neira

TEXTOS Y FOTOGRAFÍAS

Tatiana Gallardo Covarrubias



Mujeres Soñadas y soñadoras

Pese a todas las dificultades de la vida en campamentos en el sur de Chile, ellas han logrado no sólo soñar con un futuro mejor y alcanzarlo, sino contagiar sus entornos con esa magia. Dirigentas sociales, jefas de familia, estudiantes, trapecistas, pescadoras, futbolistas, hortaliceras, constructoras, guardias de seguridad, entre otras, se sacudieron la desesperanza volcando sus energías en cambiar su destino y obtener una vivienda digna y un futuro mejor para sus familias.

Los datos oficiales dicen que el 60% de los 2.090 hogares que existen en campamentos en la Región de Los Lagos son liderados por una mujer, pero la experiencia como equipo regional nos lleva a pensar que en el resto los lideran invisibilizadas y en silencio.

Por eso, estas páginas buscan mostrar la adquisición de una vivienda social desde la mirada de mujeres de campamentos, rompiendo ese silencio que sólo parece sostenible a través de una red de apoyo permanente en el que destacan los vínculos cooperativos entre ellas, porque cuando las cosas van mal, las mujeres se organizan y lo hacen desde la solidaridad.

Niños y niñas son el principal motor de estas mujeres y de los propios proyectos habitacionales impulsados desde nuestro Ministerio para familias vulnerables y desde aquí, también se pretende impulsar la visualización de sus anhelos en la obtención de una nueva vivienda, además de su propia percepción de la discriminación sufrida por vivir en un asentamiento precario.



Estas lideresas se alzaron como intérpretes para sus comunidades y desde una perspectiva de género absolutamente innata, impulsaron a otras a romper el círculo en el que parecían atrapadas.

Mujeres de campamentos urbanos, con alta presencia indígena, donde la discriminación social es el principal motor para la movilización social, hasta las que habitan en el extremo sur en viviendas improvisadas a la orilla del mar para mantenerse cerca de la fuente laboral. La mayoría trabaja por horas, generalmente en turnos de noche, por lo que tejen una red de apoyo para cuidar a los menores entre el hacinamiento y la precariedad habitacional. Muchas fueron madres antes de los 18 años, lo que dificultó su acceso a educación y están en el mundo laboral informalmente por décadas, siendo ellas las principales generadoras de recursos económicos.

Aquí también se muestra un abanico de posibilidades en las formas de habitar los territorios, entendiendo que no es lo mismo vivir en un asentamiento precario en la ciudad que hacerlo junto al mar. La identidad local en esta zona de alta dispersión geográfica, implica también el desafío de dejar de abordar una sola forma de intervención para todas las realidades y avanzar a una atención integral que conozca y reconozca las diversidades de las personas y territorios y a partir de ello, materializar políticas de Estado que efectivamente logren avanzar en el camino a la igualdad.

Este recorrido sigue el brillo de la magia de esas mujeres, de norte a sur de la Región de Los Lagos, desde Osorno hasta Quellón, en el archipiélago de Chiloé, instalándoles como sujetos de derecho en la obtención de una vivienda social en Chile.





Tomar todas las oportunidades y así lograr

Emprender

Alicia Panguinao Panguinao fue dirigente del campamento El Progreso de Ovejería en la comuna de Osorno, en el sur de Chile. Obtener su vivienda a través del Programa de Asentamientos Precarios en el año 2015 fue el impulso que le ayudó a terminar sus estudios y se graduó de la enseñanza media junto a su hijo. Luego optó por el curso de guardia de seguridad y se desempeña en esa labor desde entonces.

Apoyando nuevos proyectos

El Progreso

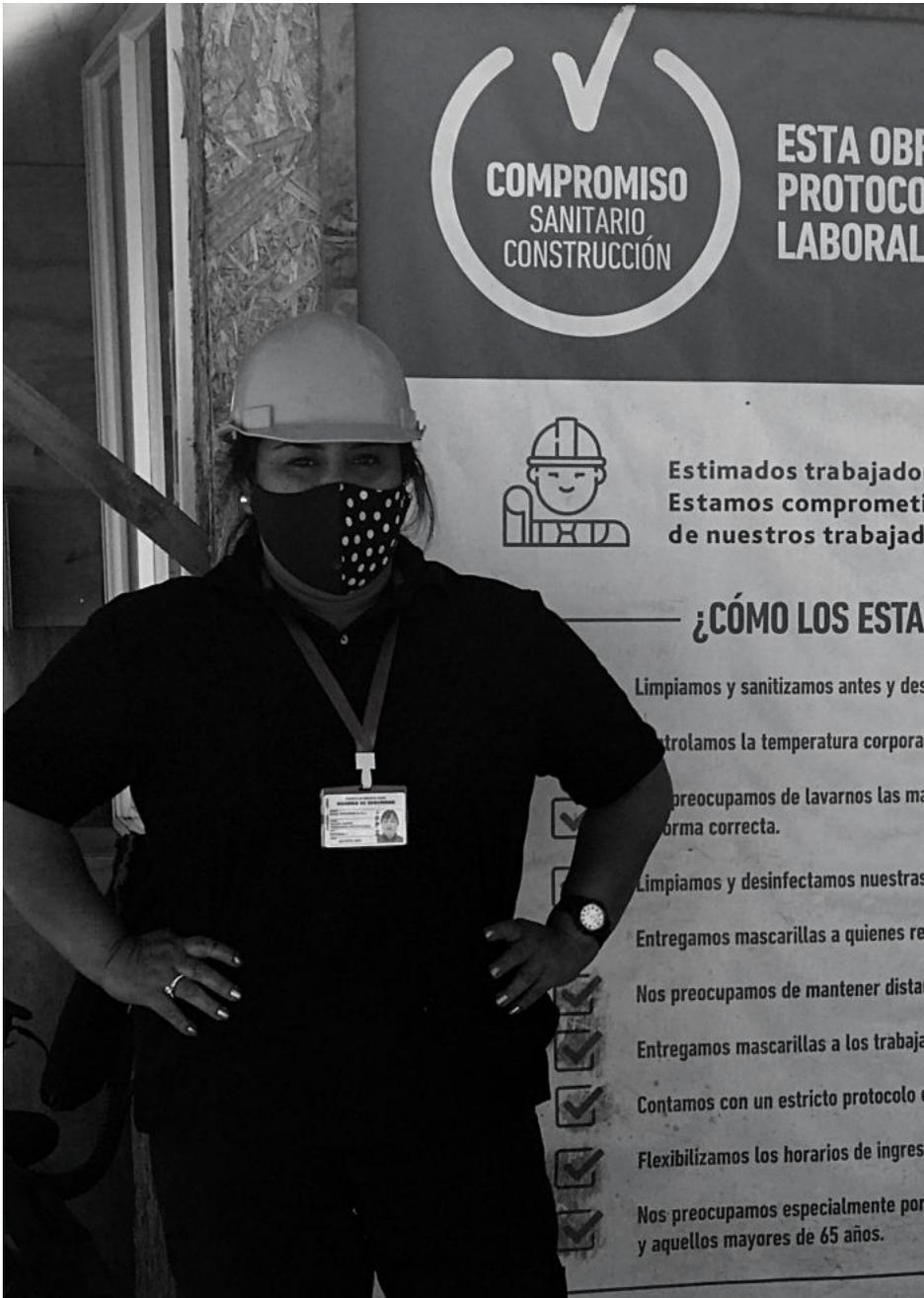
Cuenta que durante años fue empleada de casa particular, hasta que decidió salir adelante y estudiar. Al principio quería tomar un curso de chef, pero como no quedaban cupos tomó el único disponible: el de guardia de seguridad. Este trabajo, además de estabilidad laboral, le ha dado la oportunidad de ver cómo otras familias también alcanzan su sueño, controlando el acceso de la obra Porvenir proyecto impulsado por el Programa de Asentamientos Precarios en Osorno.

"Vengo de un campamento que hace cinco años fue sacado del sector de Rahue Alto. Pertenecía a un comité de campamento llamado El Progreso en Ovejería, fui su dirigente más de un año y junto a dirigentes de cinco campamentos lideramos el proceso de todas esas familias. Ya tengo mi casa, que era lo que yo más quería y eso gracias a mi esfuerzo de estar en un campamento.

Como tenía poca estabilidad de trabajo en esa época pensé en estudiar, sacar mi cuarto medio. Y a pesar de que yo vivía en un campamento y trabajaba todo el día de nanita, llegaba a las seis de la tarde a mi casa, pescaba mis cuadernos y me iba a estudiar en un colegio nocturno de dos cursos en un año, así saqué mi cuarto medio junto con mi hijo. Orgullosa me siento de mí misma y también de mi hijo, porque es un logro grande para nosotros, porque si uno quiere hacerlo, lo puede lograr. Nada es imposible.

El Serviu me dio una oportunidad a mí y a muchas personas más, sólo hay que tener las ganas y esforzarse. Yo como dirigente que fui, aprendí a lidiar con varias personas y eso me sirve hasta ahora.

Amo mi casa, adoro mi casa, le pongo flores, la limpio, es todo para mí mi casita propia, cuando me dieron el subsidio yo no lo podía creer, era como un sueño hecho realidad".





"Me emociona saber que estoy contribuyendo a que otras familias también obtengan su nueva casa y también ver cómo otras mujeres están en un trabajo generalmente reservado para hombres", dice Alicia mientras controla el acceso de otras mujeres trabajadoras a la obra.

El campamento Porvenir fue un asentamiento histórico de Osorno, que ahora tendrá soluciones habitacionales de dos pisos y que contarán con acondicionamiento térmico, el que es llevado a cabo por la dupla conformada por Mónica Huentiao y Katherine Martínez. Ellas son pioneras, ya que es el primer proyecto de la región con aprobación de todos los estándares de aislación térmica, inserto en el plan de Descontaminación Ambiental para la comuna de Osorno.

La aislación térmica es fundamental en una zona que varía entre altas temperaturas en verano y temperaturas bajo cero y mucha lluvia en invierno, lo que genera una gran valoración entre las familias porque así dejarán atrás las extremas condiciones de la vida en campamentos en el sur.



Lo mejor está

Porvenir

Este proyecto cuenta con presencia femenina en distintas áreas. Un ejemplo de ello son María Cristina y su hija, quienes desarrollan labores de aseo final de las viviendas. María Cristina Mariman Alcafu además es dirigente del comité Porvenir II, que es el grupo beneficiado con este proyecto habitacional y que tiene el mérito de haber logrado que sus nuevas casas se construyeran en el mismo lugar en el que vivieron por años.

"Yo llegué el año 2012 al campamento, obviamente había gente desde mucho antes, y ahí se formó un comité "Avenida Real" y se unió con el comité "Porvenir" para obtener la casa propia. Luchamos mucho para obtener primero el terreno y poder quedarnos aquí, porque todos nos decían que no se podía hacer, pero nosotros nunca perdimos la fe, la esperanza de que algún día sí podríamos cumplir nuestro sueño de vivir aquí. Nos costó mucho a la directiva, que los vecinos tuvieran la paciencia que han tenido, pero la espera está a punto de terminar y todo lo que se ve es el fruto de nuestro esfuerzo. Tuvimos mucha ayuda de las autoridades mientras estuvimos en el campamento, pero siempre tuvimos una idea clara, que era vivir dignamente como cualquier persona.

Va a ser mucha la diferencia, ahora vamos a tener luz, vamos a tener agua, vamos a tener un baño decente, va a haber higiene, un espacio amplio. Todo cambia para nosotros, cambia nuestra situación de vivir porque ya no nos van a mirar mal por vivir en un campamento, ahora vamos a vivir en un espacio digno donde nosotros podamos desarrollarnos y crecer cada día más como personas.

A los comités que aún esperan por su casa yo les diría: fe y perseverancia no más, paciencia y respeto, pero nunca hay que perder la esperanza ni bajar los brazos".

Al igual que María Cristina, otras dos dirigentas del campamento nos cuentan su experiencia en el camino a la casa propia a través del Programa de Asentamientos Precarios.





Rosa Marimar Alcázar

socia del comité Porvenir II

"Tener nuestra casa es algo que como familia anhelamos porque vivir en lo propio nos da estabilidad. En el campamento vivíamos algo no muy agradable, pero ahora vamos a vivir en un barrio, vamos a caminar por el cemento, vamos a tener áreas verdes, eso es bueno como familia poder tenerlo, es una herencia para nuestros hijos y para no sentirnos discriminados tampoco, porque cuando uno vive en campamentos hay mucha discriminación. Vamos a salir de eso, sobre todo gracias a la directiva que eran puras mujeres, las chicas que salían a caminar, a tocar puertas, siempre eran mujeres. Por eso dicen que las mujeres somos fuertes y luchadoras, nos proponemos algo y lo hacemos, lo ponemos en nuestra mirada no más y lo logramos.

De repente uno debe dejar de servirse algo rico para poner esa plata en el ahorro para la casa, por eso a las mujeres que todavía viven en campamentos, que yo sé que siempre son las que van por delante, les diría que no se cansen, que vean a sus hijos y piensen en ellos, porque un día la felicidad llega.

Yo llegué al campamento cuando mi hija recién cumplió cinco años, y salimos de ahí cuando ella tenía diez añitos. Fue harto tiempo pero quedaron lindos recuerdos, la unión entre los vecinos, aprendí también como mujer a ponerme un objetivo y salir adelante, además hice un curso de costura que era algo que a mí me gustaba mucho, y gracias a este proyecto pude también estudiar eso y hacer mi emprendimiento".



Yocelyn Silva Barria

parte de la directiva del comité Porvenir II

"Yo llegué al campamento cuando mi hijo tenía dos meses, y en la actualidad él tiene ocho años. El camino a mi casa ha sido muy duro porque lo inicié sola, sola con mi hijito y nos costó mucho, tuvimos escasez de agua, pasamos frío, muchas cosas, ha sido malo, una mala experiencia pero que al final tuvo buenos frutos.

Yo creo que ahora tendremos un mejor porvenir, una estabilidad, un hogar digno para mis hijos, para mi familia, para todos mis vecinos también. Yo puedo dar gracias a Dios porque viví en un buen campamento, con unos buenos vecinos, trabajadores, aperradores, los niños todos limpios, jugaban, compartían, convivíamos bien como comunidad y espero que nuestra nueva población sea igual, que todos nos unamos, con el propósito de mejorar y de seguir avanzando con nuestras vidas.

Creo que todas las mujeres llegamos ahí por una razón, la mayoría de las mujeres estamos a cargo de nuestros hijos, entonces nosotros como mamás queremos lo mejor para ellos y queremos que ellos tengan una vivienda digna, queremos que no pasen frío, que no pasen hambre. La mayoría de las mujeres están ahí con ese propósito: querer tener una vivienda digna, y espero en Dios que los que aún están en campamentos también lo logren, como nosotros lo logramos".



El futuro también se construye con manos de mujer

Ninguno de estos relatos se materializaría sin la presencia de cada una de ellas. Son pocas, pero cada vez son más. Destacan en sus labores por su dedicación, responsabilidad y prolijidad en las terminaciones. Desde ingenieras a guardias de seguridad, estas mujeres logran concretar los sueños de muchas familias, impulsándoles a nunca desperdiciar la oportunidad de *Emprender*.





La historia de las mujeres que cambiaron la vida de 132 familias

Mujeres Unidas

Vivir en un campamento es duro, principalmente para niños y niñas; por eso Camila Márquez, Valeska Gallardo y Evelyn Ulloa lideraron los comités "Mujeres Unidas" y "Buscando un futuro 3", que el año 2019 obtuvieron sus viviendas definitivas. Dentro del "Macrocampamento de Osorno", se estima que viven alrededor de 600 familias, muchas de ellas esperaron por 15 años una solución de vivienda, hasta que este grupo de mujeres en conjunto con el equipo regional del Programa de Asentamientos Precarios, logró cambiar su destino.



Justo en medio de

El estallido

Sus casas estaban terminadas, listas para la ceremonia de entrega, cuando se produjo el estallido social en Chile en octubre de 2019. En Osorno existe una gran demanda habitacional que incluso llevó a la gente a querer tomarse estas viviendas recién construidas. Rápidamente ellas gestionaron con las autoridades una entrega sin acto ni protocolos, para que cada familia pudiera recibir las llaves de su casa y así evitar perderlas.

"El nombre lo dice todo, éramos un grupo de mujeres, de mamás, que decidimos unirnos para tener nuestra casa. La principal diferencia entre vivir en un campamento y la nueva villa es el agua potable, porque luz teníamos, pero al comienzo cuando recién llegamos ahí no había nada de nada y entre todos los vecinos nos organizamos y logramos tener al menos eso. En el verano sufríamos con el asunto del agua. No había, entonces teníamos que juntar en el día para lavar en la noche, era muy sacrificado todo.

Llegamos juntas al campamento "Por un futuro mejor 3", vivimos ahí diez años y fuimos uno de los primeros grupos que salimos del campamento. A muchas familias les costaba demasiado lo del ahorro, eso era determinante".

Cuentan que había familias que vivían ahí por quince años y muchos ya no querían irse, estaban arraigados al lugar: *"Los primeros que llegamos fuimos muy unidos, hicimos las calles, salíamos a protestar, no vamos a decir que era fácil vivir ahí, pero unidas era todo mejor. Por eso le pusimos ese nombre a nuestro comité, porque al final unidas se logran cosas, solas no avanzábamos nada, veíamos la casa como algo muy lejano. Pero juntas, hicimos historia, son recuerdos bonitos que siempre van a quedar".*

De vuelta al origen

"Es emocionante volver al campamento, recorrer aquí, porque a pesar de ser un campamento, era muy tranquilo y vivíamos tranquilos. Podíamos por ejemplo, dejar todo abierto y nunca se nos perdió nada, eso era cuando éramos menos, pero después se empezó a correr la voz y empezó a llegar más y más gente, ahí se empezó a poner más complicado. Igual se entiende que llegue tanta gente, porque el tema de la vivienda nunca se va a acabar, porque es demasiado difícil poder postular a una casa propia, ese es el problema, no hay terrenos donde construir".

"Yo por ejemplo - dice Valeska - estuve viviendo de allegada donde mi mamá. Vivía en su patio, entré a un comité y nunca avanzamos en nada, entonces la única forma que las familias tienen es irse a instalar a un campamento, porque ahí los toman en cuenta, hay más posibilidades de recibir ayuda. Yo lo vi así y me vine al campamento, mi hermana, por ejemplo, sigue viviendo en el patio de mi mamá y todavía no tiene ninguna posibilidad de tener su casa".





Amigas y lideresas

"Nosotras, además de dirigentas, somos muy amigas, juntarnos y luchar por todas las familias que vivían acá fue lo que más nos unió. Entre las dos empezamos a hablar que queríamos salir de este lugar, el objetivo de nosotras no era estar para siempre en este lugar, pasamos juntas momentos muy difíciles, cuando llegamos no había nada y unidas logramos tener luz y agua acá. En esa época nos unimos mucho y después igual cuando llegamos a nuestra casa nueva, porque vimos los frutos, sentimos que valió la pena. Valió la pena luchar, sacrificarnos, andar casa por casa para que los vecinos puedan reunir firmas que de repente necesitábamos para presentar el proyecto, entonces andábamos hasta las once o doce de la noche, de repente dejábamos nuestro hogar de lado, para que salga todo esto. Muchas veces sacábamos plata de nuestro bolsillo para ir a las reuniones y a los distintos trámites que había que hacer, no fue fácil, en realidad fue muy difícil.

Teníamos que salir casi todos los días a tocar puertas, en la municipalidad, en el Serviu, a veces hasta pasar hambre en la mañana para llegar temprano a las oficinas y que nos den soluciones, pero así lo logramos. Nos hicimos conocidas porque trabajábamos bien, y queríamos el bienestar para nuestras familias y éramos las líderes del comité de aquí del campamento".

Con sentimientos encontrados

Mientras recorríamos el asentamiento, pasamos frente a la antigua casa de Valeska, la que estaba en proceso de desarme. "Me emocioné mucho, porque nos costó tanto tener ese lugar donde nosotros estábamos ... también me emocioné mucho porque fue una vida de tanto esfuerzo, nos costó demasiado tener lo poco que tuvimos.... ¡En esta casa pasaron tantas cosas! Crecieron mis hijos, la vida en comunidad con los vecinos, fuimos todos bien unidos, tratábamos de cuidarnos entre todos, también momentos muy difíciles, pero igual aprendí a salir adelante. Realmente volver aquí es muy emocionante".

Luego de vuelta en la villa, pide una fotografía ahora frente a su nueva casa, sonríe y dice que se siente feliz: "Cuando veníamos para acá pensaba que estoy feliz en mi nueva casa, por ejemplo, me acordé de todo lo que gastábamos en leña para pasar el invierno, en cambio este primer invierno que he pasado en mi casa nueva se nota la diferencia. Los niños tampoco se enfermaron este año, y no sentíamos la lluvia en la noche, eso es muy distinto a vivir en el campamento. Cuando nos juntamos con las chicas después del primer temporal comentamos todas lo mismo, que los niños estaban impresionados de no sentir la lluvia y nosotras nos sentíamos felices."





Camila, mamá motivadora

"Generalmente las mujeres estamos a cargo de los niños y por eso nos organizamos. Muchos de nuestros hijos mayores fueron discriminados en el colegio por parte de sus compañeros por ser de campamentos. Algunas de mis amigas, de mis vecinas, sufrieron discriminación en el consultorio porque siempre pensaban que venían sucias. En el colegio cuando hacían una once para todo el curso, las profesoras les decían a los niños del campamento "tienen que venir bien limpiecitos". Ahora ellos dicen la dirección de su casita felices", cuenta Camila, orgullosa de lo logrado junto a sus compañeras, ya que debió motivar constantemente a las demás mujeres del proyecto a no bajar los brazos y luchar por sus hijos e hijas.

"En el macro campamento vivíamos todos, en el primer proyecto se fue mi suegra, en el segundo se fue mi cuñada y en el tercer proyecto que se organizó, salí yo con mis hijos.

Lo que más me pone feliz es que mi hija más grande se asoma por la ventana y dice " ¡mamá está lloviendo y no se siente nada, no hay goteras!". Porque allá cuando llovía con el sonido de las latas no podíamos dormir, a veces despertaban a la mitad de la noche con una gotera y al otro día no podían ir al colegio porque había que secar todo primero".



Más Unidas que nunca

A pesar de la pandemia siguen reuniéndose y ya piensan en el futuro, en cómo organizarse. En este período han hecho ollas comunes para apoyarse primero por el estallido social y luego por la situación sanitaria que ha significado que muchas personas estén sin trabajar.

Tal como plasmaron en el mural del sector, la felicidad de Rahue Alto comienza por los niños y las manos de la junta de vecinos la siguen construyendo.





La energía de una familia circense

Haciendo malabares

Por amor, Milena Mora y Julio Escovedo decidieron dejar la vida itinerante del circo y vivir en Puerto Montt. Ambos trapevistas, buscaron un lugar en un cerro de Angelmó y se instalaron. Ahí crecieron sus hij@s, niet@s y bisniet@s, hasta que luego de 50 años gracias a su esfuerzo, a través del programa de Asentamientos Precarios toda la familia se vinculará a proyectos habitacionales de integración social, obteniendo una solución habitacional definitiva para el inicio de una nueva vida.



La fuerza de una

Matriderca

El asentamiento "Frente Ladera Angelmó" tiene una particularidad que lo hace muy especial: es un conjunto de viviendas que se fueron conformando durante 50 años en torno a una pareja de trapevistas que dejaron el circo para formar una familia en el sector portuario de la comuna de Puerto Montt.

"Yo hace cincuenta años que vivo acá, cuando me salí del circo, porque nosotros somos circenses, mi marido tiene toda su familia ahí en el circo. Como no teníamos donde estar, armamos una carpita aquí y ahí empezamos a salir adelante de a poco. Me puse a hacer comercio, tuve un puesto de artesanía en Angelmó y mi marido se botó a la pesca, fue pescador después de haber sido en el circo trapevista, un tremendo cambio", cuenta orgullosa Milena Mora.

"Pasaron los años y nos vinimos a quedar aquí. Viajábamos para todas partes, conocimos el norte, el desierto y el sur, pero acá yo tenía a mi mamá y ella me consiguió un puesto por intermedio de la municipalidad, y ese puesto yo lo trabajaba mientras mi marido andaba en la pesca. Así vivimos y así llegamos hasta ahora que ya estamos viejos, vivimos de una pensión tan miserable que nos alcanzó apenas para hacer esta casita.

Ahora estoy contenta porque hay tantas familias que desean tener su hogar, ojalá todos tengan su casita para un buen vivir y un buen estar. Esos son mis deseos de todo corazón, porque hay mucha gente que necesita tener su vivienda propia y salir adelante, porque con esfuerzo todo se puede".



Demasiado unidos

Vivir en Clan

La familia Escovedo Mora ha vivido siempre junta y así seguirán.

"Nos vamos a vivir toda la familia al mismo block de departamentos; nietos, nietas, hijos, nueras, yo soy la más vieja que voy a vivir ahí", dice ilusionada Milena, mientras tratamos de conversar entre un desfile de familiares que entran y salen de la habitación para escuchar lo que cuenta la "mamá".

Hijos e hijas que han ido y vuelto del circo, la mayoría ha hecho su vida alrededor de los abuelos. *"Ellos son así, siempre están pendiente de nosotros, acá siempre hay un platito de comida para el que llegue, no importa la hora"*, dice una de sus hijas mayores, quien también se va con ellos al edificio de departamentos.

Carol Escovedo, nieta de Milena, es quien apoyó a su abuela en el deseo de dejar el lugar, ella hizo la mayoría de los trámites, coordinó a la familia y generó una excelente coordinación con nuestro Programa. Relacionadora pública de profesión, evita aparecer en los créditos y prefiere ceder el protagonismo a su abuela, aunque toda la familia reconoce en ella a la líder innata que seguramente seguirá sus pasos.





Milena Mora,

cuando el pasado pesa demasiado

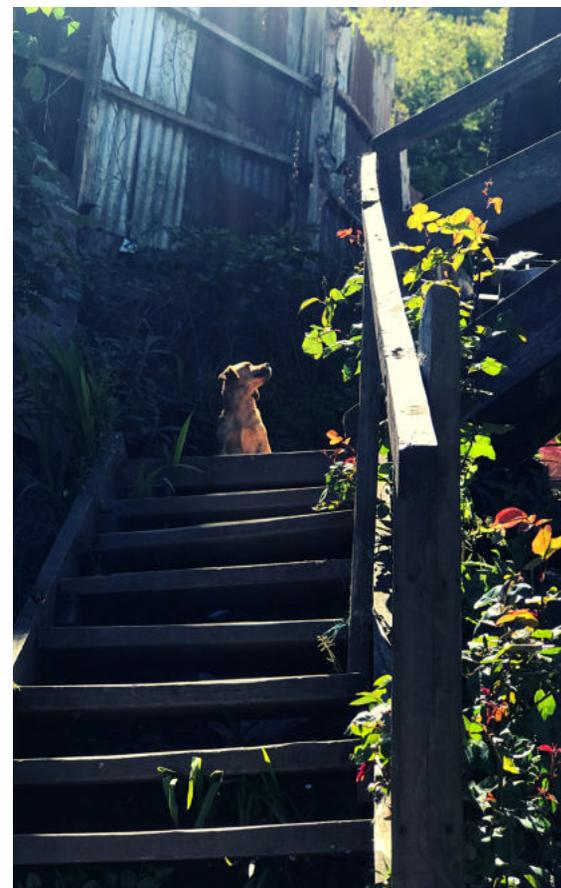
"Yo me llevo malos recuerdos de acá, desde el momento en que mi hija mayor falleció. Ese es el recuerdo que siempre me va a ligar a este lugar. Siempre estaré recordándola, supongo que algún día se me pasará, porque toda la vida no voy a tener que estar pensando en ella, ella está descansando ya, entonces yo sé que tengo que dejarla partir tranquila.

Ella nació en Santiago, también era trapecista, hacía un trapecio muy lindo ella, hacía el aro y la escalera, trabajaba en altura. Ella también hizo su vida acá en Puerto Montt, tuvo tres hijos, dos mujeres y un hombre, ya son mayores ellos, recién estaban aquí en la casa porque estamos siempre todos juntos. Falleció ella aquí y ellos al final quedaron todos conmigo, porque ella vivía al ladito de nosotros. Somos todos unidos, vivimos todos revueltos, a nosotros con mi marido nos dicen papá y mamá, no nos dicen abuelos. Así armamos nuestra vida y así nos vamos también, todos juntos.

Cuando llegamos acá estaba el cerro vacío y vine a limpiar un pedacito y nos quedamos aquí. Con los años después empezaron a trabajar primero mis hijas en el circo, hacían trapecio y después mis hijos igual, y ahora tengo dos nietos que tienen circo también, toda la familia ha estado ligada al circo. La vida del circo es muy bonita y muy sufrida también, porque hay que andar de un lado para el otro, armando y desarmando. Ahí la mayoría de los dueños empresarios en esos años eran los que ganaban plata, no los trabajadores, no los artistas, nos pagaban dependiendo de cómo andaba la función".

Para llegar al conjunto de casas se debe subir un empinado cerro y luego estas escaleras; justo en el descanso de ellas se encuentra la animita que en homenaje a su hija fallecida construyeron y con la que toda la familia la recuerda a diario. Han pedido que luego del desarme de las viviendas se pueda mantener este espacio como un recuerdo de lo que también dejarán atrás.

Aún cuando hay sentimientos de nostalgia, la esperanza ha contagiado a todo el clan, sobre todo porque saben que sus condiciones de vida mejorarán. Don Julio, esposo de Milena y que padece una enfermedad cardíaca muy avanzada, relata que se le torna casi imposible subir el cerro y más aún las escaleras que son el único acceso a su vivienda en la ladera, razón por la cual el traslado inminente a su nuevo departamento llena de fe a la familia de tener una buena recuperación de la intervención quirúrgica que le deberán practicar.





la bisnieta artista

"Estaba tan triste antes cuando yo vivía acá en la punta del cerro, y cuando se cayó el primer pedazo de tierra al lado de la casa de mi tía Bárbara me sentí muy triste... pero en ese departamento voy a estar muy feliz, ¡ya estoy tan feliz! porque me voy a ir a una casita nueva con tooooda mi familia y vamos a vivir felices..."

Ese fue el relato que envió Amanda de cinco años cuando presentó su obra al concurso de dibujo organizado por nuestro equipo regional a propósito de los diez años del Programa de Asentamientos Precarios, en el que alcanzó el segundo lugar en su categoría.

"Me llena de orgullo ver que ella a pesar de ser tan pequeña, se da cuenta del importante momento que estamos viviendo como familia y que lo valore tanto", dice su mamá, Carol Escovedo.





Milena en representación de todo el clan Escovedo Mora, saluda desde el balcón de su nuevo departamento. Orgullosa y feliz mira a su familia que la contempla desde abajo, admirándola y agradeciéndole por el inicio de esta nueva vida.

"Yo ahora me siento feliz de la vida porque nunca pensé que iba a tener un subsidio. Estuvimos juntando plata muchos años, y nos anotábamos donde decían que había que ir a inscribirse por casa, y nunca fuimos llamados, nunca, en todos los años que estuvimos aquí.

Nos inscibimos como tres o cuatro veces, ganaba otra gente y nosotros nada, así que nos aburríamos y fuimos sacando la platita del ahorro, la comíamos, la gastábamos en lo que necesitábamos, hasta que al final nos resultó.

Igual a ratos me da pena irme, pero voy a tener que adaptarme a lo que Dios me dio, que es una vivienda digna, como se dice".





Cuando la vida te da una nueva oportunidad de

Florecer

Ximena Zapata Lemus cuenta que tomó todos los caminos equivocados y aún así, la tierra la siguió llamando. Dice que cometió miles de errores, pero igual la vida en el sur la esperaba con los brazos abiertos. Esta es la historia de una mujer que superó los estragos de una vida de excesos gracias al poder curativo de sus plantas y junto a ellas volvió a echar nuevas raíces que la hicieron florecer.



Es difícil partir cuando estás

Atada a la tierra

La primera vez que hablamos con Ximena, lloró porque no quería irse del campamento y dejar todas sus plantas. Las mismas que la curaron y la salvaron, según cuenta.

Pidió irse después del tiempo de cosecha, porque su emprendimiento es vender lo que cultiva junto a su pareja e hija de 12 años. *"La idea mía era siempre comprar una casa con mi subsidio que tuviera al menos un poquito de patio"*, señala Ximena, quien junto a otras 30 familias de la comuna costera de Calbuco, fueron erradicadas del sector que se habían tomado hacía cinco años y que era de otro comité de vivienda que esperaba su desalojo para avanzar con su proyecto habitacional. El Ministerio a través de nuestro Programa les otorgó un subsidio para adquirir una vivienda nueva o usada en cualquier parte de Chile, pero encontrar una con amplio patio y que cumpla con la normativa no es tarea fácil.

"Vivo acá en las tomas Unión y Esperanza que me dieron la oportunidad para poder cumplir mi sueño de tener una vivienda propia, y ya llegó nuestro fin aquí en el campamento. Estoy un poco apenada porque nos tenemos que ir y ojalá Dios me dé la posibilidad de encontrar una casita con sitio para poder seguir mi emprendimiento que son las plantas, me encantan las plantas, la tierra y estoy pidiéndole a Dios que se cumpla mi sueño..." decía Ximena en pleno proceso de desarme del campamento.



"Las plantas para mí han significado una nueva oportunidad de vivir, porque viví en la ciudad y me fue muy mal. Me metí en cosas que no debería haberme metido y llegué acá y Dios me dio la oportunidad de poder aprender muchas cosas con el contacto con la tierra, con las plantas, que te dan energías buenas, energías positivas, y sacarte de cosas que no tendrías por qué tocarlas ni mirarlas nunca, como es la droga... Yo creo que cuando uno tiene ese problema, uno debería dedicarse a plantar, a sembrar, a salir y estar al aire libre, porque eso te da muy buenas vibras para salir adelante. Yo me siento realizada aquí, me arrepiento de no haberme venido a los veinte, cuando mis abuelos me decían "¡Vente para acá que es tu tierra, vente para acá que es tu tierra!" y no les hice caso, por porfiada me pasó todo lo que tenía que pasarme. Pero aquí estoy, dando la lucha todavía y con más fuerza que nunca, sólo con pena de irme, viví cuatro años aquí, con harto esfuerzo, pero aprendí, y le doy gracias a Dios por haberme dado esta nueva oportunidad".



Mientras los vecinos iban desarmando sus viviendas, Ximena iba desarmando poco a poco su vida. Vendió las últimas hortalizas y regaló muchísimas plantas a quienes las quisieran, porque no había encontrado una vivienda con patio para adquirir con el valor del subsidio.

Calbuco es un pueblo costero, dedicado principalmente a las labores marítimas, donde la mayor parte de las viviendas no cuentan con recepción municipal, por lo que su adquisición a través de un subsidio del Estado se vuelve muy compleja. Evidentemente no existe una variada oferta de proyectos inmobiliarios, por lo que encontrar una vivienda que cumpla todas las condiciones en una comuna altamente rural es una tarea gigantesca, pero no imposible.



Perseverante y

Bendecida

Ximena ahora llora de alegría, porque después de meses de búsqueda e insistencia, encontró una vivienda con amplio patio y en conjunto con la asistencia técnica y legal que le otorgó el Programa a través de su subsidio, convencieron al propietario para que la regularizara y así adquirirla con su beneficio.

"Estoy muy feliz, ¡gracias a Dios! Ya sabiendo que es mi casa, que es algo mío, que ya ahora tengo que luchar para ponerla bonita, para dejar algo bonito para mis hijos, para mis nietos, para que se sienta algo más de familia, ¡es totalmente mejor vivir así!

Yo necesitaba una casa que tuviera patio, para poner plantas como arvejas, habas, mis plantas de menta, cosas que le pueda vender a la gente en la feria, porque con eso yo produzco, con eso yo de repente hago comida para llevar también. O si salen hartas verduritas en el verano ya puedo vender dos veces mi invernadero entero de puras lechugas, por ejemplo. Entonces eso era lo que necesitaba, un lugar con tierra porque eso me da plata y con eso nos vamos dando vuelta en el verano y en el invierno ya nos deja algo para poder subsistir. Entonces todo esto es algo muy difícil de encontrar, a nosotros nos costó harto, pero le pusimos empeño y lo conseguimos. El querer es poder, dicen por ahí."





Junto al invernadero de su nueva casa

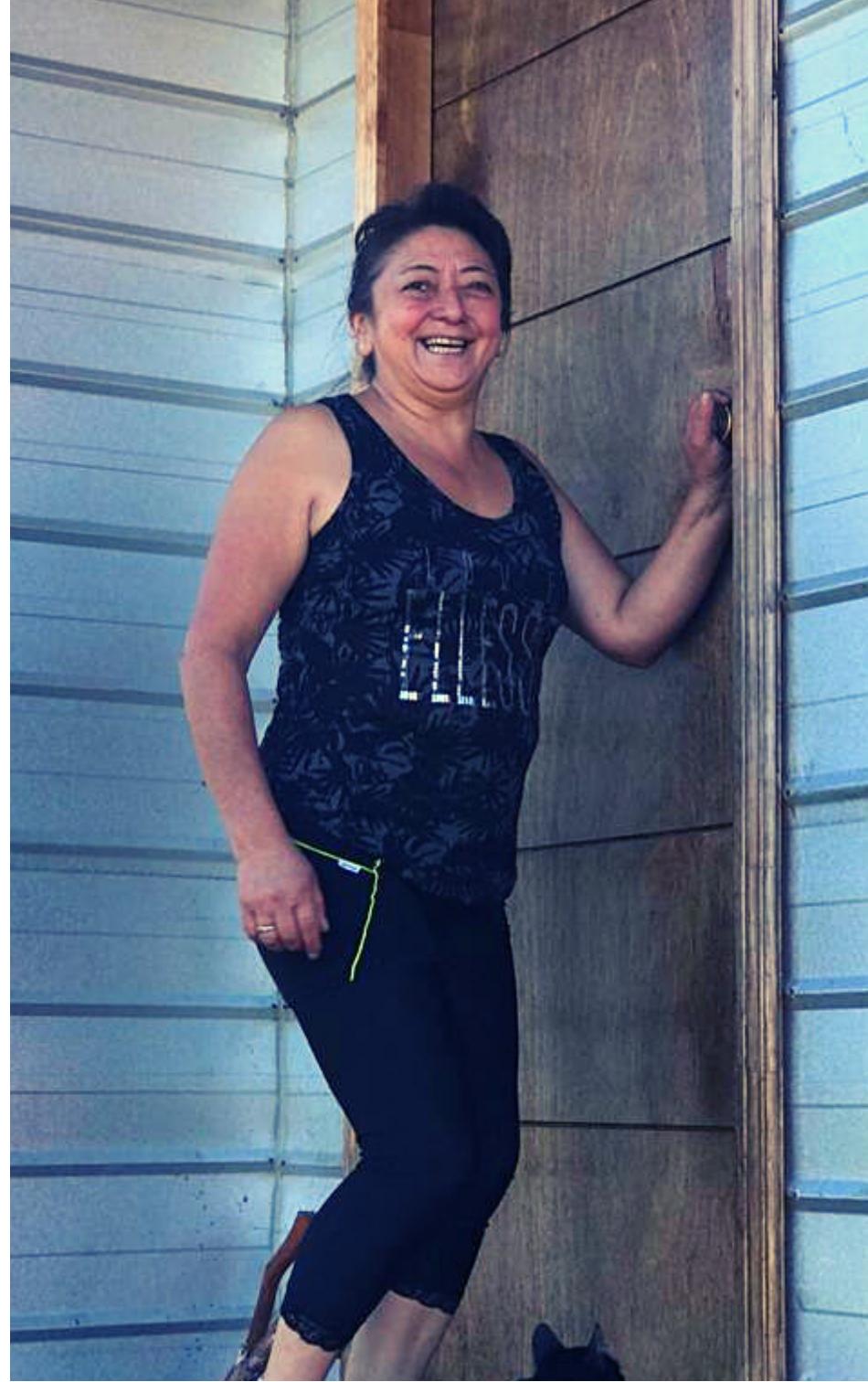
"Trabajar la tierra es una terapia muy buena, yo creo que es la mejor terapia que podemos tener los seres humanos, saber que hay vida de tantas maneras y muchas veces no nos fijamos en esas cosas. Nosotros a veces cuando vivimos en la ciudad nos fijamos tanto en lo material, nos agobiamos por tan poca cosa, como la plata por ejemplo; en cambio, todo eso lo podemos conseguir de otra manera y así vivimos mucho más felices, más contentos, sin tanto problema, sin agobiarse tanto, es otra vida, es algo diferente.

Yo no quería dejar mi casa del campamento porque habíamos trabajado tanto para dar vuelta la tierra, para poder plantar, para hacer un invernadero chiquitito. A mí me costó mucho, de hecho, lloré, lloré mucho cuando me vine y todavía voy para allá... Todavía voy a buscar semillas de acelga o de lechuga, porque todavía quedan cosas ahí, hay gente que ha ido y ha buscado porotos verdes, zapallos que yo los he dejado grandes y luego voy y ya no están, yo miro y digo: bien por ellos, ojalá lo haya llevado alguien que lo necesitara.

Encontrar la casa yo creo que fue obra de Dios, porque tuve hartos peros antes de llegar acá. Al final me quedé con esta casa que fue la primera que había visto y se me dio todo. Dios sabe, esos son misterios de él que uno no los va a entender nunca".



"Vivir acá es justo lo que yo quería, es como vivir en el campo, no hay contaminación, se escuchan los pajaritos en la mañana, en la noche no hay ruido de locomoción. Vivo mucho más tranquila que en el campamento y es mío, que es lo mejor. "





A veces para avanzar debemos

Emigrar

Francisa Imihuala, dirigente sindical, ha vivido desde los doce años a la orilla del mar. Siempre su vida estuvo anclada ahí porque su trabajo y el de su familia estaban vinculados a él. Sin embargo, para avanzar, comprendió que debía extender sus alas y cambiar de lugar, al igual que lo hacen las miles de aves que todos los años vio emigrar desde Alaska hasta la puerta de su ex vivienda en la bahía de Quellón, en el archipiélago de Chiloé.

De Alaska a Chiloé

Ruta migratoria

Desde su ventana, Francisca observa miles de pájaros en la bahía. Pocas personas saben que el zarapito de pico recto vuela cada año desde su zona de reproducción en la tundra de Alaska hasta aquí para su invernada, en un viaje que recorre una distancia estimada de 30.000 km de ida y vuelta, donde se alimenta de la rica fauna existente en este humedal que por décadas ha albergado a Francisca y su gente.

Presidenta de la pesca artesanal y del campamento Pasaje Vargas, desde los doce años ha vivido en este asentamiento precario a orillas del mar. *"Llegué con mi papá acá, él se tomó un lugar acá y después yo me casé y me quedé aquí mismo. En la temporada del erizo, que es lo que aquí se lleva más fuerte, trabajo en la pesquera que está justo aquí al lado de mi casa. A raíz de que aquí hay muchos pescadores artesanales, que tienen embarcaciones y como vivíamos aquí mismo, surgió la idea de hacer un sindicato de pescadores y también me eligieron como presidenta del sindicato, así es que estamos viendo qué podemos organizar ahora, qué proyectos podemos sacar adelante"*, cuenta sonriente Francisca, sin reparar en que hasta hace poco las mujeres eran absoluta minoría en la organización.

"Es difícil ser dirigente, sobre todo cuando a uno le cuesta un poco interactuar con las autoridades, eso es lo complicado de dirigir un campamento o cualquier otro grupo en realidad".



Lideresa

"Yo traté de organizar a la gente para que nos podamos ir de aquí, sobre todo a los que viven a la orilla de mar, que no tienen documentación de propiedad de esto, ni agua potable, ni alcantarillado, ni luz, y bueno, traté de ayudarlos y de ayudarme.

Fue una buena experiencia porque los vecinos se llevaron súper bien conmigo, ellos no me hicieron ningún problema como veo que de repente han tenido otros dirigentes, ellos fueron super comprensivos igual porque las cosas tampoco dependen de mí, yo hago lo que puedo".

Sobre el proceso de desarme de las viviendas, Francica reflexiona largo rato junto a su ventana sobre lo difícil que es partir: "Al comienzo, todos nos queríamos ir muy rápido, pero cuando está empezando a llegar el día igual nos cuesta. Nos ponemos a pensar que va a ser un cambio grande, va a ser muy grande para mí, para mi pareja y para mi hijo también, porque a él le queda super cerca el colegio, a mí me queda cerca el trabajo, a mi pareja igual porque él llega del trabajo y deja su lancha ahí y se viene a su casa. En cambio, ahora todo va a ser más complicado. Pero también esperamos que sea para una mejor vida. La primera ventaja, que es lo más importante creo yo, es que es algo propio, que es algo de nosotros, que nadie nos va a decir ustedes tiene que irse, esto no es de ustedes, nadie nos va a poder echar porque es de nosotros. Esa es la ventaja más grande y el sueño que tienen muchos y no todos pueden cumplir".



Jaziel Mansilla Imihuala adora a su mamá Francisca y dulcemente la abraza en la foto portada de esta publicación. Tiene ocho años y cuando lo visitamos justo antes de desarmar su casa, nos dijo: "Quiero irme porque es un lugar tranquilo, he ido a verlo y ya lo están casi terminando. Creo que van a haber muchas cosas divertidas, como juegos y un parque. Además ahora voy a poder tener un perrito, y yo me imagino que va a ser muy divertido vivir allá, porque tendré un montón de amigos.

Lo único que pienso que voy a extrañar es el mar, porque cada vez que hace mucho calor me voy a bañar. Lo malo era en invierno porque no podíamos ni salir porque había mucha agua por todos lados, me quedaba aquí adentro no más jugando con mi celular".



Dejar atrás, para avanzar

No todas las personas estamos dispuestas a desarmar literalmente todo para volver a empezar. En el caso de los campamentos es un proceso muy duro para las familias, ya que a pesar de todas las dificultades generan un fuerte arraigo con el asentamiento, sobre todo en un territorio como éste. Aún así, logran sacudirse la nostalgia y en los siguientes testimonios, soñar con un futuro mejor.





Nataly Cid

dirigente social del sector Ribera Unido. futbolista y arbitra

"Esto se activó con el terremoto del año 2016, antes de eso siempre estuvo la idea pero nunca se concretaba. Pero el terremoto del 25 de diciembre marcó un antes y un después, porque eso provocó que nosotros tuviéramos más fuerza, y sacáramos las ganas para querer salir de ahí. Nosotros vivíamos en un lugar de riesgo y con el terremoto quedamos sin agua, se rompieron las mangueras hechas que teníamos y que abastecía a todo el sector. Todo eso nos llevó a pensar que ya no podíamos vivir más en ese lugar. Al comienzo los vecinos decían que esto no iba a resultar, pero yo les daba ánimo, les decía que hiciéramos el intento, entonces yo siempre me di el tiempo para esto, a pesar de que soy mamá y todo, siempre me di el tiempo, porque por mis hijos realmente quería salir de ahí. Esa fuerza me llevó a hablar con una y otra persona, ir a la municipalidad a hablar con el alcalde, presionar a otras autoridades, yo creo que eso fue fundamental porque el carácter de uno hace que igual te escuchen.

Yo creo que nadie está libre de vivir en un campamento. No es un pecado, porque siempre las personas que llegamos a un campamento es por necesidad, porque a veces con niños cuesta más salir adelante entonces está la opción de irse a un campamento porque uno no siempre puede pagar arriendo. Les digo a esas personas que aún viven en campamentos que tienen que sobretodo ser unidos, porque si no hay unidad tampoco se consiguen las cosas. A mí me catalogaban como una dirigente joven, pero tuve gente que me apoyó mucho, que me decían vamos, tú puedes y yo iba adelante y ellos siempre detrás. Creo que mi carácter fue fundamental para dirigir al grupo. Siempre quise romper el tema del machismo y cuando me invitaron una vez a un curso de árbitros, aunque eran puros hombres, fui igual, estudié y saqué el curso y lo ejercí por un año. Al principio fue complicado porque tenía que arbitrarles a hombres, yo jugaba fútbol y ahí mismo me iban a buscar para arbitrarles, cuando entraba a la cancha era la novedad para el público y para los jugadores. Después lo dejé porque tuve dos niños y le di prioridad a jugar al fútbol, pero volvería a arbitrar feliz más adelante".



Melisa Veira Ojeda

"Me siento orgullosa, contenta y agradecida por mi casita. Para mí ha sido mucho sacrificio estar arrendando, entonces estas cosas a una la ponen muy contenta, que por fin voy a tener algo que es propio. Eso es bonito porque como es de uno, uno puede hacer ahí todo lo que planea, todo lo que ha soñado.

Más que nada esto lo he hecho por mi hija, ella se enfermó a los tres años, fue muy complicado porque en esa época nosotros arrendábamos y nos salía harta plata, entonces costear además todos los medicamentos, los viajes a Santiago a los controles, significaba harto. Así que por eso nos fuimos de allegados donde mi suegra, ella nos tendió la mano en el campamento Torino, era la pura casa que nos pasó porque el terreno era fiscal. Y estábamos ahí cuando nos dijeron que podíamos meternos al comité, así que yo hice todos los trámites para llegar aquí. Recuerdo clarito el día: el 7 de julio del 2017 empezó todo esto.

Mi hija tiene una enfermedad inmunológica, que no es muy conocida, entonces nos toca viajar a Santiago a controles, a Castro, y ahora por la pandemia se han detenido todos esos controles. Ella desde la prebásica ha ido a la escuela Oriente, que queda al lado del proyecto nuevo. Cuando nos vinimos a vivir al campo con el subsidio de arriendo que nos dieron mientras esperábamos nuestra casa, yo no la quise sacar de la escuela, para que siguiera con sus amigos, teníamos que caminar como dos kilómetros para tomar la locomoción, pero la idea era que no perdiera el contacto con sus compañeros, así que ahora en la nueva casa va a continuar con sus amistades, sólo que va a ser más cerca y no nos tendremos que mojar tanto".



Soñar

Benjamín y Antonella vivieron toda su vida junto a su padre y su tía a las orillas de la bahía de Quellón en el extremo sur de la Isla de Chiloé. Al igual que los 132 niños, niñas y adolescentes de su proyecto de vivienda soñaron sus nuevas casas y hasta lo plasmaron en dibujos para un concurso que buscaba fomentar el arraigo con su nuevo entorno. *"Benja va a pintar su pieza de color verde, porque es su color favorito y yo de color rosa. Lo que más queremos es una piscina para pasar el calor porque ahora estaremos lejos del mar. Lo que más me pone feliz es que ahora mi papá tendrá su propia pieza"*, nos contó Antonella el día en que recibió las llaves de su nueva casa.





*Roxana Laufer Navarro, 15 años,
junto a su madre Iris nos cuenta su experiencia*

"Es difícil, muy difícil vivir en campamentos. Cuando vamos al supermercado, en el lugar donde estudio, ¡en invierno es tan complicado! porque yo de repente vengo del liceo toda mojada y toda embarrada por el sólo hecho que un taxi no puede bajar hasta el campamento por el barro. O vamos al supermercado y tenemos que esperar más de una hora para que alguien nos pueda traer. A veces nos hacen bajar del taxi porque vivimos en Ribera Norte, porque hay muchos hoyos, porque hay muchas pozas y otras veces nos traen con una cara pesada, nos hablan mal y para nosotros es incómodo, es desagradable.

Igual es complicado para mí, porque tengo a todos mis amigos acá, pero a la vez es una felicidad, el sueño de una vida. Ha sido una meta para nosotras tener nuestra propia casita, después de que llegamos al campamento sin nada, es hermoso, a mí de verdad que me emociona el tan sólo pensar que voy a tener mi pieza, que va a tener mi mamá su pieza, ¡es una alegría tan grande! tenemos confianza de que al salir de acá va a ser todo más fácil".



Yohanna Chiguay

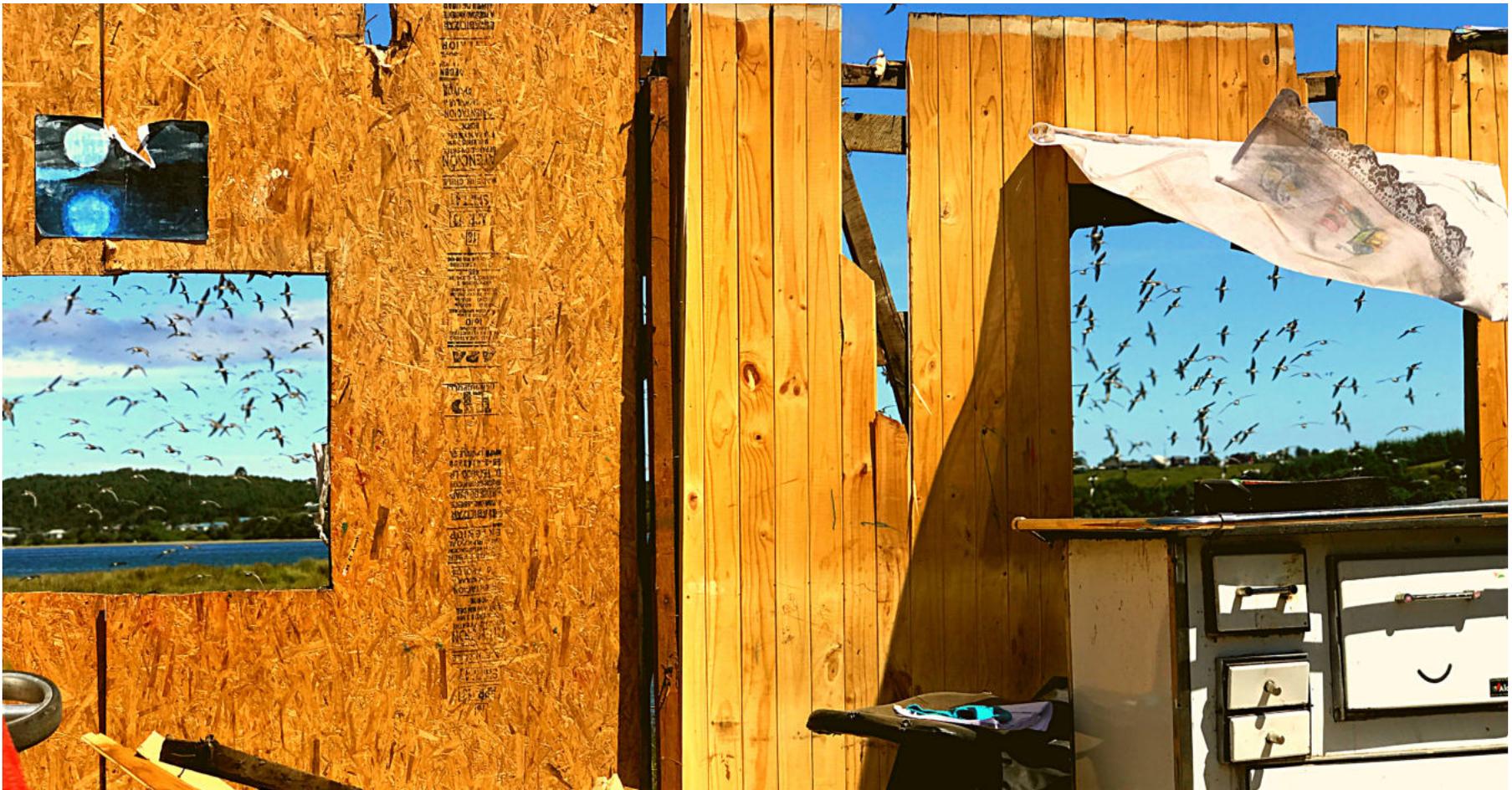
Varios niños, niñas y adolescentes no quieren irse y dejar sus casas, les cuesta demasiado, especialmente a los jóvenes que consideran que las de la nueva villa son pequeñas. También contaron que les cuesta aceptar un patio más chico y es entendible, después de que su patio ha sido la playa, reducirlo a una cantidad delimitada de metros cuadrados no es algo fácil de aceptar.

Yohanna Chiguay vivió esta situación con sus hijas mayores, pero ella siguió enfocada en el objetivo de sacar a su familia adelante: *"a la larga será mejor para ellas, esto va a ser de ellas, con todos los papeles y nadie nunca les va a poder quitar esta casa"*.

El día de la ceremonia de entrega de la nueva vivienda, sólo su hija más pequeña quiso acompañarle en esta fotografía.

No es fácil dejarlo todo y volver a empezar, pero especialmente para las familias de campamentos en muchas ocasiones es la única forma de avanzar.





El final del recorrido

Teniendo que dejar todo atrás para volver a empezar, dueñas de su destino y de una fuerza que ni ellas mismas sabían que tenían, cada una de las mujeres soñadas y soñadoras que conocimos en este recorrido nos muestran una realidad que no siempre podemos o queremos ver.



En la entrada del campamento Playa Vargas en Quellón, los pescadores pintaron este mural con la imagen de una mujer mapuche sosteniendo un niño en sus brazos. No es casual.

Las dinámicas de cuidado al interior de los campamentos para conseguir la autonomía económica de las mujeres resultan fundamentales, ya que esa gratuidad convierte cualquier actividad en algo más rentable y porque la disponibilidad horaria ayuda, por ejemplo, a quienes trabajan en turnos de noche o realizan labores por temporadas. Finalmente son ellas las que están a cargo del cuidado de las familias, y son ellas también las que gestionan los subsidios y los servicios sociales.

En estas páginas conocimos a distintas personas con un sello común: el servicio a los demás, sean estos contextos familiares, grupales, dirigenciales o laborales, en todos los casos el objetivo central era ayudar a otras personas y mejorar su propia calidad de vida.

Tal como detalla el estudio realizado por el Minvu en el año 2017, "*Causas que inciden en la decisión de conformar y habitar en campamentos*", todos los habitantes de campamentos están sujetos a algún grado de violencia, pero en el caso de las mujeres hay matices difíciles de detectar. En un campamento ellas carecen de autonomía económica, por la precariedad y frecuente informalidad de sus empleos, bajos salarios y, sobre todo, por la ausencia de ingresos dada su dedicación a las tareas de cuidado familiar.

Por ello cuando se conforma una "geografía de oportunidades" es más difícil que las políticas públicas logren revertir el arraigo generado por las familias con su entorno. Estas oportunidades que consideran las familias al momento de llegar y permanecer en un campamento, en la Región de Los Lagos van desde la ubicación céntrica de campamentos en ciudades más grandes como Osorno y Puerto Montt, hasta el habitar a la orilla del mar, fuente de trabajo y alimento en Chiloé.



Para muchos el campamento es el último refugio de quienes no tienen nada y pareciera que muchos esperan que algo excepcional suceda y logre un cambio en su destino. En muchos casos fueron estas mujeres las gestoras de ese cambio, que en conjunto con el equipo regional del Programa se pusieron el desafío de cambiar realidades.

Como equipo hemos entendido que no todos los territorios son iguales y no todas las familias son iguales. El desfase entre las expectativas de las familias y la oferta del Ministerio de Vivienda, dificulta en algunos casos la aceptación de soluciones habitacionales, por lo que la presencia de estas mujeres ha sido determinante en la validación de las alternativas formales de obtención de una vivienda definitiva: muchos de los testimonios justamente relatan que el valor principal es la obtención de los papeles de la propiedad, más que un techo en sí.

Además, dado el valor simbólico que las personas asignan a sus casas, por las formas variadas de hacer familia con varios núcleos familiares por lote, debemos avanzar a una política habitacional que no vea soluciones aisladas por familia sino como un sistema de múltiples elementos que en conjunto funcionan.

La vivienda digna es un derecho demasiado esquivo para muchas familias, pero también, su obtención es el punto de partida para empezar de nuevo. Existe, en todos estos relatos, un antes y después de la llegada o traslado a sus nuevas casas.

Las trayectorias habitacionales se construyen y deconstruyen permanentemente, por eso la magia también se logra a través de un relato que puede inspirar a otr@s, que les pueda invitar a volver a creer y soñar.



SERVIU

Región de
Los Lagos

Asentamientos
precarios

Campamentos



Programa de Asentamientos Precarios

SERVIU REGIÓN DE LOS LAGOS

Puerto Montt, 2021